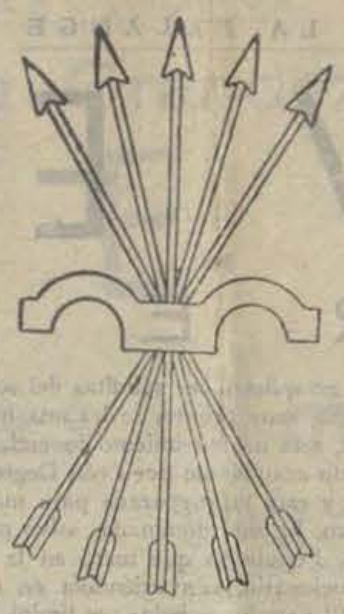
PER-270

Toda la organización, toda la revolución nueva, todo el refortalecimiento del Estado y toda la reorganización económica, irán encaminados a que se incorporen al disfrute de las ventajas esas masas enormes desarraigadas por la economía liberal y por el conato comunista.

José Antonio.



No te creas que tu condición de obrero te atribuye derechos superiores a los del resto de la sociedad; tus derechos nacen de que eres hombre y de que eres español, y como tal hombre y tal español, debes tener y mereces los mismos privilegios y ventajas que los demás hombres y los demás españoles, pero no más.

Raimundo Fernández-Cuesta.

AÑO II
Número 23
Segovia 26 de Marzo de 1937
Precio del ejemplar 15 céntimos

LA FALANGE

Redacción y Administración
Juan Bravo, 47
Suscripción:
Al mes.. 0,60
Trimestre 1,75

«Que en ningún hogar español deje de haber lumbre y que ningún obrero carezca de pan».

El Jefe del Estado, Generalísimo FRANCO.

Jueves Santo

Víspera del día solemne de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el fin. Y así, acabada la cena, cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el designio de entregarle, Jesus, que sabía que el Padre le había puesto todas las cosas en sus manos, y que como era venido de Dios, a Dios volvía, levántase de la mesa, y quítase sus vestidos, y habiendo tomado una toalla se la ciñe. Echa después agua en un lebrillo o barreño, y pónese a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla que se había ceñido. Viene a Simón Pedro, y Pedro le dice: Señor, ¿vos lavarme a mílos pies? Respondióle Jesús, y le dijo: lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: lo entenderás después. Dícele Pedro: jamás permitiré que vos me lavéis los pies. Respondióle Jesús: si yo no te lavare, no tendrás parte conmigo. Dícele Simón Pedro: Señor, no solamente mis pies, sino las manos también, y la cabeza. Jesús le dice: el que acaba de lavarse no necesita lavarse más que los pies, estando, como está, limpio todo lo demás. Y en cuanto a vosotros, limpios estáis, bien que no todos. Que como sabía quién era el que le había de hacer traición, por eso dijo: no todos estáis limpios. Después, en fin, que les hubo lavado los pies, tomó otra vez su vestido, y puesto de nuevo a la mesa, díjoles: ¿Entendéis lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy; pues si yo que soy el Maestro y Señor, os he lavado los pies, debéis también vosotros lavaros los pies uno al otro. Porque ejemplo os he dado, para que pensando lo que yo he hecho con vosotros, así lo hagáis vosotros también.

(Del Evangelio de San Juan.)

Miércoles Santo

En aquellos días, dijo Isaías: Señor, ¿quién ha creído, o creerá a nuestro anuncio? ¿Y a quién ha sido revelado ese Mesías, brazo o virtud del Señor? Porque él crecerá a los ojos del pueblo como una humilde planta, y brotará como una raíz en tierra árida: no es de aspecto bello, ni es esplendoroso. Nosotros le hemos visto, dicen, y nada hay que atraiga nuestros ojos, ni llame nuestra atención hacia él. Vímosle después despreciado, y el desecho de los hombres, varón de dolores, y que sabe lo que es padecer, y su rostro como cubierto de vergüenza y afrentado: por lo que no hicimos ningún caso de él. Es verdad que él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y pecados y cargó con nuestras penalidades; pero nosotros le reputamos entonces como un leproso, y como un hombre herido de las mano de Dios, y humillado. Siendo así que por causa de nuestras iniquidades fué él llagado; y despedazado por nuestras maldades: el castigo de que debía nacer nuestra paz con Dios, descargó sobre él, y con sus cardenales fuimos nosotros curados. Como ovejas descarriadas hemos sido todos nosotros: cada cual se desvió de la senda del Señor, para seguir su propio camino, y a él sólo le ha cargado el Señor la iniquidad de todos nosotros. Fué ofrecido en sacrificio porque él mismo lo quiso; y no abrió su boca para quejarse; conducido será a la muerte sin resistencia suya, como va la oveja al matadero, y guardará silencio sin abrir siquiera su boca delante de sus verdugos, como el corderito que está mudo delante del que lo esquila. Después de sufrida la opresión e inicua condena, fué levantado en alto. Pero la generación suya, ¿quién podrá explicarla? Arrancado ha sido de la tierra de los vivientes: para expiación de las maldades de mi pueblo le he yo herido, dice el Señor. Y en recompensa de bajar al sepulcro, le concederá Dios la conversión de los impíos; tendrá por precio de su muerte al hombre rico; porque él no cometió pecado, ni hubo dolo en sus palabras. Y quiso el Señor consumirle con trabajos: mas luego que él ofrezca su vida como hostia por el pecado, verá una descendencia larga y duradera, y cumplida será por medio de él la voluntad del Señor. Verá el fruto de los afanes de su alma, y quedará saciado. Este mismo justo, mi siervo, dice el Señor, justificará a muchos con su doctrina o predicación; y cargará sobre sí los pecados de ellos. Por tanto le daré como porción, o en herencia suya, una gran muchedumbre de naciones, y repartirá los despojos de los fuertes: pues que ha entregado su vida a la muerte, y ha sido confundido con los facinerosos, y ha tomado sobre sí los pecados de todos, y ha rogado por ls transgresores.

Miércoles Santo

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

UNIVERSO

Tres tiempos en Europa

Año de 1936. Mes de Julio. Sobre Europa, una noticia: ¡Guerra en España!

1

El europeo inquiere, pregunta, lleno de curiosidad, dirige su mirada a la Sociedad de las Naciones buscando una explicación al hecho español; pero, como siempre, la Sociedad de Naciones, no sabe nada. Vuelve la mirada a su Prensa y tampoco le explica el porqué de la guerra española. Europa no entiende a España. Hace más de tres siglos que para el europeo España es un país con el que no se cuenta para la política internacional. Y el europeo vulgar se alza de hombros: ¡Cosas de España!

Pero tampoco el europeo culto, el político, el historiador, el filósofo, comprenden lo que sucede en España. Creen es la clásica militarada, el viejo y gastado pronunciamiento del siglo XIX.

Pero hay un pequeño detalle: la intervención de milicias de tipo fascista: la Falange.

Y el aspecto cambia. Ya no es la militarada, el pronunciamiento. Es la lucha entre fascismo y comunismo. Es una guerra donde se debate el ser o no ser de Occidente, la cultura europea, cristiana y romana, frente a la masa amorfa del Oriente. El sentido humano del hombre, el principio de una nueva vida, de un nuevo ser o el fin de la historia, del ser y la cultura de Europa.

2

El hecho español se entiende, se comprende. Es la lucha en otra nación, de las fuerzas internas que operan en su país. Y las posiciones se adopan con todas las consecuencias.

Por un lado, los partidarios del comunismo, de la anarquía, de la democracia, del no ser. La hipócria Francia, con su burguesía, sus viejos legitimistas, sus masones, su Frente Popular, pero con un mismo pensamiento internacional. Y la torva e imperialista U. R. S. S.

Por otro, los partidarios del dejar hacer, del no molestarse, mientras no dañe, directa o indirectamente, a sus intereses. La cuca y puritana Inglaterra; que acaso vea en el recobro del ser de España, el principio del fin de su Imperio; así como, el fin del nuestro, marcó su ascensión y dominio de Ultramar.

Y por el otro, los que propugnan y quieren una vida nueva, una nueva cultura, una Europa, basadas en la Unidad y la Jerarquía. Alemania, con su voluntad y disciplina, sus Juventudes nacional-socialistas en marcha constante, camino de un porvenir mejor, bajo la mirada de Hitler. Italia con los «Camisas negras», tras Mussolini, creador y forjador del Imperio fascista.

3

España vuelve a ser, otra vez, el eje del mundo. Se cuenta con nosotros. Ya no somos el país que el europeo, vulgar y culto, creía ser el resto de un gran Imperio.

España, con Alemania e Italia, serán, en un futuro próximo, el triángulo sobre el que se apoyará la política europea. Y sobre ese triángulo resurgirá la cultura de Occidente, volverá a ser UNA.

España salvará a Europa, le dará la unidad social, política y religiosa que necesita. Tenemos voluntad de Imperio. Un Imperio que rija los destinos del Universo. Para prez y servicio de nuestro César.

¡Y ese día está cerca!

REX

A las naciones que no quieren ser súbditas del soviet, Italia, Alemania, Portugaly España, quizá, muy pronto, se les una un nuevo país: Bélgica. Y el autor de la unión, será un movimiento juvenil, dinámico y revolucionario: REX. Movimiento acaudillado por León Degrelle. La línea del Frente Nacional, se alarga y está ya preparada para marchar sobre Oriente...

Bélgica, país católico, ha sido dominada, salvo pequeñas etapas, por el populismo desde 1848. Populismo que mató en la juventud, todo deseo viril, caliente y revolucionario, convirtiéndola en una serie de hombres cautos y prudentes... El populismo belga, se limitó a defenderse. Gobernó con todos; desde el liberal, al marxista, consintiendo que Bélgica se encenagase en la baja política y en los negocios sucios. Apoyó indistintamente, lo mismo al capitalismo que al comunismo, con tal de gobernar.

Contra esta situación se levantó REX, alzando como emblema la escoba y gritando: ¡Contra los podridos!

REX, provoca escándalos e interrupciones en todos los mítines. Cada mitin del enemigo, es un triunfo de REX. La oratoria de León Degrelle, caliente y dura, arrastra masas enormes. Y, sobre todo, a los trabajadores, a los campesinos, a las masas que viven alrededor de las grandes fábricas, deseosas de una mística y un ideal que ni los marxistas ni los populistas católicos, supieron darles. REX, predica un ideal de sacrificio, el sacrificio individual ante el interés colectivo, ante el interés de la comunidad. Unico ideal que puede llenar al hombre de hoy, hastiado de promesas de paraisos marxistas y liberales.

En su marcha ascendente, por la conquista del Estado, REX, ha provocado unas nuevas elecciones, al hacer dimitir a su correligionario M. Oliver. REX, desafía, por boca de su jefe León Degrelle, a todos los partidos políticos, desafío que ha causado sensación en la pequeña Bélgica. La charca política se ha agitado, llena de miedo y de temor a perder sus clientelas, que REX, con su nuevo estilo, arrastra tras de sí. Para evitar el triunfo, los partidos se han unido, presentando frente a León Degrelle y sus masas, a Van Zeeland, presidente del Consejo, apoyado por los populistas católicos, los liberales y los marxistas.

¡Todos contra REX! ¡REX contra todos! ¡La nueva política contra la vieja!

¿Quién vencera?...

FALANGE. MARXISMO

El marxismo dominaba en España. Era el único movimiento que sabía lo que quería y cómo conseguirlo. Nadie se atrevía a interponerse en su camino. Así España se hundía, poco a poco, bajo la presión del socialismo, del comunismo, del marxismo.

Frente a este estado de cosas nace la Falange. Se interpone en el camino marxista, conquista sus masas, combate sus ideas. Opone a su doctrina, otra de sentido nacional y sindical. Combate sus afirmaciones con afirmaciones.

1

El marxismo, sostiene y propugna la lucha de clases. La proclama, no como superación; sino, como destrucción. El proletariado es la clase que impone la lucha, la desarrolla y por medio de ella, domina el Estado.

La Falange, hará imposible la lucha de clases porque todas las zonas de la comunidad laborarán por un fin común: la producción nacional. Aunará a todas las clases bajo la misma idea, la misma disciplina. Sólo habrá una clase: la del trabajo, que será la base del Estado Nacional-Sindicalista.

2

El marxismo propugna «la dictadura del proletariado». El dominio del Estado por un partido, el Comunsita, por una minoría audaz, que somete al resto del país a una brutal y férrea tiranía. El privilegio de unos pocos, sobre una masa inmensa. En su Estado, no existe la representación profesional, sólo la representación política.

La Falange, quiere el Gobierno del Estado por los mejores, la intervención de la clase trabajadora en la participación directa de la gobernación de la Nación, por medio de una representación profesional, por medio de sus sindicatos. Sindicatos donde se desarrollará la vida entera y completa del español, en una cooperación armónica con la comunidad.

3

El marxismo reniega de la Fe, del Espíritu. Este es, para el marxismo «un prejuicio burgués». Quiere desarraigar la religión de la comunidad. Convertir al hombre en una bestia, quitarle toda ansia de una esperanza ultraterrena. Su doctrina es sólo para este mundo y en él se realizará. Corta en el hombre su sentido más vital: su proyección espiritual.

La Falange es FE, es Espíritu. Tiene una Fe; una fe fuerte, basada en un conocimiento de la vida del hombre. El hombre sin fe es un ser desarraigado de su destino. Todo hombre tiene un alma y un fin qué cumplir. Todo hombre se pregunta qué hay más allá de la muerte. Y la Falange contesta con la verdad católica, española y romana.

4

El marxismo destruye la familia. No cree en su necesidad como base para organizar la vida del Estado. Desarraiga al hombre sr sentido más íntimo: el amor, al convertirse en libre. Anula en el individuo su sentido más pleno: la familia. Adopta el divorcio como elemento disgregador.

La Falange, propugna un Estado basado en la familia, como grupo primario. La defiende, la cuida contra todos sus enemigos, la dota de una base económica que garantice su desarrollo: la propiedad familiar. El hombre cumple su más profunda misión creando una familia. La familia es el puente, el arco, por donde pasan las generaciones que encuadran la marcha de la historia. Repugna el divorcio, por disgregador, por individualista. Coloca sobre el sentido individual, el sentido familiar.

5

El marxismo, no cree en la Patria, en la Nación. Sostiene una idea internacional. Suprime en el hombre toda relación con su comunidad, su unión a la unidad de destino de su Patria. Convierte el mundo en un inmenso plano, sin relieves, sin peculiaridades. No comprende la fuerza de lo pasado, de lo eterno.

La Falange cree en la Patria, en el Imperio. El hombre sólo puede vivir dentro de una misión común, dentro de su unidad de destino nacional. Se debe a su nación, en ella lucha y por ella realiza todas sus obras. Sostiene que España tiene que cumplir, otra vez, una misión en la vida de la historia. Amamos la Patria sobre todo. En ella nos integramos y en ella alcanzamos plenitud.

Panorama

FRANCIA.—París. El barrio Clichy. La proyección de un film de propaganda fascista, con asistencia de militantes del partido social francés. Los comunistas intentan impedir la proyección. Choques con la Policía. Huelga general.

El marxismo francés ha conseguido un éxito rotundo. Sus cuadros de choque cumplen sus objetivos. Ya no son disturbios, es la realización de un plan, cuyos dirigentes saben lo que quieren y cómo conseguirlo. Es la cruz de una táctica, donde la cara está formada por el Frente Popular.

Y el francés corriente, y hasta culto, sin enterarse. Cree, porque así se lo dice su Prensa, es la lucha entra «fascistas» y «comunistas». No ve que lo que se disputa es el ser o no ser de la nación. Sigue con la misma preocupación que a raíz del «6 de Febrero».

¿Dominarán totalmente los comunistas, o será capaz, el pueblo francés, de una reacción que le muestre su ser...?

* * *

ITALIA.—El «duce», bajo un arco de brazos en saludo a la romana, sigue recorriendo la Libia. Sobre la carretera, que él inaugura, se alza un arco en el que se leen estas palabras de Mussolini: «Una parte del camino está recorrido. Continuaremos marchando en la paz hacia las realizaciones que esperamos mañana, y que afrontaremos con nuestro ánimo, nuestra fe y nuestra voluntad». Y a los bordes del camino, casas blancas, sobre cuyas fachadas reza el lema fascista: «Creer, obedecer, combatir».

Roma vuelve, otra vez, a cumplir una de sus misiones, el labrar y trazar sobre el mundo, caminos y arcos, que lleven a los nuevos bárbaros a su verdad, antigua y eterna.

* * *

NORTEAMERICA.—Diez mil, treinta mil, cincuenta mil, cien mil, obreros en huelga. Fábricas de automóviles cerradas. La miseria aumenta. La tragedia de la clase trabajadora se acentúa. Los Estados Unidos ya no son el país donde todo hombre decidido encontraba su «dorado». Es el país del paro. La caída de 1929 no se ha detenido, cada vez se acentúa más. Los intentos de Roosevelt y su «Aguila Azul» han sido infructuosos; se limitaron a cortar pequeña manifestaciones de la crisis, cediendo, al pretender atacar el mal en su raíz, ante la oposición de los grandes Bancos y los grandes truts.

Si Norteamérica quiere salvarse, tiene que remover hasta la raíz el sistema económico sobre el que se asienta, y dar al pueblo un sentido espiritual. El país del capitalismo camina hacia la ruina.

* * *

PACTO OCCIDENTAL.—Alemania e Italia ha contestado al deseo de Inglaterra de un nuevo Locarno, de un nuevo Pacto Occidental, aceptando la reunión. Las respuestas, en el fondo, son idénticas... ¿Acaso estará ya trazado el nuevo eje de la política europea entre Roma y Berlín...?

En la respuesta italiana y alemana hay un punto concreto: el respeto a la neutralidad de Bélgica. Respeto que no ha sido del agrado de Londres y París. Así se derrumba uno de los tópicos de la política europea...

Además, algunos detalles de la respuesta alemana, no han sido dados a la publicidad por el Gobierno inglés, que a su vez desea del de Berlín, que tampoco los muestre a los ojos uropeos. ¿De qué tratan esos puntos, que Londres, con tanto empeño, quiere mantener en el silencio? ¿Qué habrá descubierto Hitler que moleste o deje en entredicho a Inglaterra...?

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

Por la Unidad, la Grandeza y la Libertad

IMPERIO

Los tres Imperios

(Continuación)

«El Rey de España es... el defensor nato del Cristianismo.»

T. CAMPANELLA.

ESPAÑA

Carlos I es coronado en Bolonia, después de las victorias de los españoles en Pavía, después del saco de Roma. España va a ser en adelante el brazo de la catolicidad.

Los territorios, fundamento del Imperio, los resigna Carlos en su hijo Felipe II—España, Italia, Flandes—. Este es el sucesor en la dignidad imperial efectiva, bien que Fernando, el hermano del César, y los sucesores, continúen nominalmente el título de Emperador. ¡También los bizantinos siguieron empleando dicho título aun cuando el Imperio ya había sido trasladado a los germanos! Como éstos lo heredaron de Roma, España lo recibe de Alemania.

El gran Imperio, pues, de la Edad Moderna, el Imperio a secas de esta época, es el de España de los siglos XVI y XVII.

Así como la Edad Antigua abarca un número de años mucho mayor que la Media, y ésta dura, a su vez, por más siglos que la Moderna, de la misma manera el Imperio romano abarca un tiempo mayor que el medioeval y éste, asimismo, excede en duración al moderno.

Se explica fácilmente. Cada vez el Imperio exige un superior derroche de energías. Por esto se gasta antes. El primer Imperio, el pagano, lucha contra los bárbaros, defiende la civilización. El segundo Imperio, el medioeval, asume, a más de ésta, otra incumbencia: defender a la Cristiandad, ser el árbitro de las contiendas internacionales, contener al Islán. El tercer Imperio, el moderno, sobre esas dos finalidades, le incumbe otra durísima tarea: contener la desbandada de los pueblos cristianos, defender la Catolicidad.

Y hemos de afimar, con orgullo, que consigue las tres ambicionadas metas. Ninguno de los anteriores consigue una expansión tan estupenda a costa de las «bárbaras naciones», de los no cristianos. Las Américas, Oceanía, costas de la India, Socotora y Ormuz vigilando a la Arabia, litorales africanos, desde Mozambique y Angola, pasando por la Guinea, hasta las sólidas posiciones de Marruecos, Argelia y Túnez: todo ello son territorios del Imperio español. Se les inicia en la civilización material, se les amamanta y redime, se les otorgan leyes benévolas, basadas en la fraternidad cristiana y, sobre todo, se les injerta en el árbol de la Cruz. Es más: queremos convertir aún a los no dominados. Javier, el San Pablo del siglo imperial, no es más que el genuino representante de la divina impaciencia de España porque todos abracen el Evangelio y llega hasta el Japón y China. Es lo que hizo Roma, pero de un modo más perfecto, por un ideal más noble que ellos no conocían aún.

Los turcos amenezan ahogar a la Cristiandad. Mahomet II pretendía nada menos que dar de comer a sus corceles en San Pedro de Roma. Cae Constantinopla, llega a las puertas de Viena. El Imperio español infiere rudos golpes al Islamismo en Argel y Orán, Bujía y Túnez, Tremecén y Mazalquivir. Lucha con sus piratas y los vence repetidas veces. Finalmente, detiene la marcha victoriosa de los pendones blancos con la media luna en Lepanto, ayudado por Venecia y el Papa. Es lo que hizo Alemania, asistida por los demás países cruzados, bajo la dirección de los Pontífices, pero sin un éxito tan lisonjero.

Detenidos los turcos y dominado el mundo, que se iba reduciendo a la verdad de Cristo, el Imperio hubiera podido gozar de merecida paz. Ya está completo, ha adquirido ya la plenitud, es ya redondo como su símbolo el pomo de oro rematado por la Cruz, concedido por Benedicto VIII a San Enrique.

El cristianísimo vate Camoens lo cantó en lengua lusa en aquellas estrofas saturadas de Imperio:

Do Tejo ao China o portuguez impera
d'un polo a outro o castellano voa
e os dois extremos da terrestre esfera
dependen de Sevilha o de Lisboa.

Y, en castellano, Hernando de Acuña, el poeta favorito de Carlos V, plasma aquellos admirables versos, parafraseando la sentencia evangélica «Fiet unum ovite et unus pastor:

Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
la edad dichosa en que promete el cielo
una grey y un pastor sólo en el suelo,
por suerte a nuestros tiempos reservada.
Ya tan alto principio en tal jornada
nos muestra el fin de vuestro santo celo,
y anuncia al mundo para más consuelo
un monarca, un Imperio y una espada.

Así lo consideraban no solamente los peninsulares, sí que también los extranjeros. Las afirmaciones de Hernando de Acuña y Camoens pudieran parecer exageradas fantasías de patriotas y poetas. No es así. Con razón ha dicho alguien que, a las veces, la poesía es más verdadera que la misma historia. Coincide con ellos el filósofo italiano Tomás Campañella en pleno siglo XVII: «El rey de España, dice, es el rey católico y, como tal, el defensor nato del cristianismo. Ahora bien; llegará día en que domine la religión cristiana en toda la tierra, según la promesa de su divino fundador: al rey de España toca protegerla, aprovecharse de sus conquistas y dar leyes al mundo regenerado. Ya tiene Estados en todos los puntos del globo y a todas horas se hacen por él rogativas a la Divinidad. Que perseveren su ie, que se declare campeón de Cristo y apóstol armado de la civilización cristiana, hasta que ésta tenga sus solemnidades y sacrificios donde quiera luzca la luz del sol.» Hasta aquí el ilustre filósofo neoplatónico del Renacimiento.

Se ve, por tanto, claramente, que no se trata de utópicas aspiraciones de los españoles de entonces, sino de realidades palpables que todo el mundo reconocía.

Después, como le pasó a Roma, como le acaeció a Germania, España se cansa del Imperio. Viene la decadencia tanto más rápida cuanto que el Imperio romano puede considerarse un Imperio mediterráneo; el Sacro Imperio fué, si queréis, un Imperio europeo y el español de la Edad Moderna fuéun Imperio verdaderamente católico en el doble sentido de la palabra. Ya no puede tampoco sostener España aquel ingente peso. Han cambiado los tiempos además. Ninguna nación, en adelante, ejercerá una hegemonía, una prepotencia intrnacional como en las tres respectivas edades los tres pueblos mencionados.

A partir de 1700, se impone la política del equilibrio, del balanceo, del contrapeso. Ninguna potencia es lo bastante fuerte para contrarrestar a todas las demás juntas. Luis XIV sucumbe en cuanto se forma una alianza de Inglaterra, Austria y Saboya. Igual acaece a España bajo Alberoni. Lo mismo acontecerá a Napoleón. En idéntica posición se halla Inglaterra. Del mismo modo sucumbe Alemania en la guerra europea, a pesar de increíbles y titánicos esfuerzos reeveladores de su asombrosa vitalidad interna.

En 1700 España se hunde y con ella el Imperio.

EPILOGO

I

No hubo jamás, a través de la historia universal, más que estos tres Imperios: Roma, Germania y España. Mejor dicho, solamente ha existido un Imperio bajo tres modalidades distintas, que responden a las tres di-versas épocas históricas en que cada una se desarrolla.

Los llamados Imperios, en la historia particular de las naciones, como ninguno de ellos persigue, ni realiza, los fines específicos del Imperio, sino que, cuando más, les preside una idea vaga de dominación; vienen a ser hijos bastardos de la idea imperial: es decir, imperialismos. En ninguna manera Imperios. Y mucho menos Imperio.

El francés de Napoleón, el moderno británico, además de, por completo, desentenderse de aquellas nobles aspiraciones, además de desligarse de la tradición imperial, por lo mismo que coexisten, ninguno de ellos ha podido ser, ni llamarse, Imperio.

El primero domina en Europa y nunca por completo. Rusia, Austria, España y Prusia acaban por hundirlo y pisotearlo. Al Imperio, tal como lo hemos estudiado en su decurso histórico, podrán infligirle una derrota sus enemigos coaligados, pero esto tan sólo representa un incidente en su marcha victoriosa. Aun en los tiempos de mayor decadencia imperial, jamás le han impuesto sus adversarios la ley. Habrán conseguido independizarse de su influencia, pero jamás han llegado a dominarle a él como territorio conquistado. Y todo esto acaeció a la Francia napoleónica después de Waterlóo.

El segundo imperialismo extiende sus dominios por el resto del planeta. Tampoco por completo. En América, por ejemplo, teníamos nosotros aún más posesiones que ellos. En Oceanía era nuestra una buena porción. Y cualquier nación de importancia le era superior en fuerza terrestre. Inglaterra jamás pudo permitirse el lujo de una invasión en el continente. Ciudades costeras, puntos estratégicos ganados con habilidosa astucia. Nunca una conquista formal. En la guerra anglo-boer se vió derrotada y en situación comprometida. La diplomacia de Chamberlain hubo de arreglar los fracasos militares. Se trata, pues, de un imperialismo de industria y comercio, de petróleo y caucho, meramente materialista. En definitiva, tampoco es el Imperio.

El musulmán, el turco, pudieron haber constituído una unidad imperial. Pero, fundados en una falsa concepción religiosa, los califatos de Damasco, Bagdad y Córdoba no fueron, al decir de reciente escritor, sino sueños, aspiraciones, «delirios de Imperio».

II

Ahora, cuando el nuevo alud de bárbaros modernos, de anticristianos; cuando la nueva avalancha de sucesores de Gengis-Kan han puesto en peligro la civilización cristiana y occidental, uno en pos de otro se han levantado contra ellos estos tres puntales de la civilización antigua, media y moderna o, mejor, estos tres baluartes de la civilización en sus tres etapas antigua, media y moderna: Italia, Alemania y España.

No es casual el jalonado resurgir de estos tres pueblos. Necesariamente habían de ser ellos quienes elevaran la protesta en nom-bre del mundo civilizado. Ellos y no otros: los países tradicionalmente imperiales.

¡Italia, Alemania, España!—Bravas naciones imperiales—. Italia advirtió la primera el peligro, Alemania contuvo la irrupción, España la alejará definitivamente.

¡Italia, Alemania, España!—Bravas naciones imperiales—. El imperio de la edad contemporánea será el vuestro porque ha de ser la suma de los tres únicos imperios habidos en el mundo.

¡Italia, Alemania, España!—Bravas naciones imperiales—. No disolváis vuestra amistad. Seréis el imperio definitivo, la salvaguardia de Europa, del mundo, de la civilización, que vosotras habéis creado, conservado y consolidado.

VIVA LA TRINIDAD IMPERIAL: ITALIA, ALEMANIA, ESPAÑA.

Juan González Díez,
Presbítero

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

PASIÓN

En aquel tiempo: marchó Jesús con sus discípulos a la otra parte del torrente Cedron, donde había un huerto, en el cual entró él con sus discípulos. Judas, que le entregaba, estaba bien informado del sitio, porque Jesús solía retirarse a él muchas veces con sus discípulos. Judas, pues, habiendo tomado una cohorte o compañía de soldados y varios ministros que le dieron los pontífices y fariseos, fué allí con linternas, y hachas y con armas. Y Jesús, que sabía todas las cosas que le habían de sobrevenir, salió a su encuentro, y les dijo: ¿a quién buscáis? Respondiéronle: a Jesús Nazareno. Díceles Jesús: soy yo. Estaba también entre ellos Judas, el que le entregaba. Apenas, pues, le dijo: soy yo, retrocedieron todos, y cayeron en tierra. Levantados que fueron, les preguntó Jesús segunda vez: ¿a quién buscáis? Y ellos respondieron: a Jesús Nazareno. Replicó Jesús: ya os he dicho que soy yo. Ahora bien, si me buscáis a mí, dejad ir a éstos: para que se cumpliese la palabra que había dicho: ¡oh Padre! ninguno he perdido de los que tú me diste. Entre tanto Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, y dando un golpe a un criado del pontífice, le cortó la oreja derecha. Este criado llamábase Malco. Pero Jesús dijo a Pedro: mete tu espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿he de dejar de beberle? En fin, la cohorte de soldados y el tribuno o comandante, y los ministros de los judíos, prendieron a Jesús, y le ataron. De allí le condujeron primeramente a casa de Anás, porque era suegro de Caifás, que era sumo pontífice aquel año. Caifás era el que había dado a los judíos el consejo de que convenía que un hombre muriese por el pueblo. Iban siguiendo a Jesús, Simón Pedro, y otro discípulo, el cual era conocido del pontífice, quedándose Pedro fuera en la puerta. Por eso el otro discípulo, conocido del pontífice, salió a la puerta, y habló a la portera, y franqueó a Pedro la entrada. Entonces la criada portera dice a Pedro: ¿no erese tú también de los discípulos de este hombre? El respondió: no lo soy. Los criados y ministros que habían ido a prender a Jesús, estaban a la lumbre, porque hacía frío, y se calentaban. Pedro asimismo estaba con ellos, calentándose. Entre tanto el pontífice se puso a interrogar a Jesús sobre sus discípulos y doctrina. A lo que respondió Jesús: Yo he predicado públicamente delante de todo el mundo: siempre he enseñado en la sinanoga y en el templo, adonde concurren todos los judíos, y nada he hablado en secreto. ¿Qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído lo que yo les he enseñado: pues esos saben cuáles cosas haya dicho yo. A esta respuesta, uno de los ministros asistentes dió una bofetada a Jesús, diciendo: ¿asi respondes tú al pontífice? Díjole a él Jesús: si yo he hablado mal, manifiesta lo malo que yo he dicho; pero si bien, ¿por qué me hieres? Habíale enviado Anás atado al pontífice Caifás. Y estaba allí en pie Simón Pedro, calentándose. Dijéronle, pues: ¿No eras tú también de sus discípulos? El lo negó, diciendo: no lo soy. Dícele uno de los criados del pontífice, pariente de aquél cuya oreja había cortado Pedro: pues qué, ¿no te vi yo en el huerto con él? Negó Pedro otra vez, y al punto cantó el gallo. Llevaron después a Jesús desde casa de Caifás al pretorio. Era muy de mañana; y ellos no entraron en el pretorio, por no contaminarse, a fin de poder comer de las víctimas de Pascua. Por eso Pilato salió afuera, y les dijo: ¿qué acusación traéis contra este hombre? Respondieron, y dijéronle: si éste no fuera malhechor, no le hubiéramos puesto en tus manos. Replicóles Pilato: pues tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley. Los judíos le dijeron: a nosotros no nos es permitido matar a nadie: con lo que vino a cumplirse lo que Jesús dijo, indicando el género de muerte de que había de morir. Oído esto, Pilato entró de nuevo en el pretorio, y llamó a Jesús y le preguntó: ¿eres tú el rey de los judíos? Respondió Jesús: ¿dices tú eso de ti mismo, o te lo han dicho de mí otros? Replicó Pilatos: ¿qué, acaso soy yo judío? Tu nación y los pontífices te han entregado a mí. ¿Qué has hecho tú? Respondió Jesús: mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera mi reino, claro está que mis gentes me hubieran defendido, para que no cayese en manos de los judíos; mas mi reino no es de acá. Replicóle a esto Pilato: ¿con que tú eres rey? Respondió Jesús: así es como dices: yo soy rey. Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que pertenece a la verdad, escucha mi voz. Dícele Pilato: ¿qué es la verdad? ¿de qué verdad hablas? Y dicho esto, salió segunda vez a los judíos, y les dijo: yo ningún delito hallo en este hombre. Mas ya que tenéis la costumbre de que os suelte un reo por la Pascua, ¿queréis que os ponga en libertad al rey de los judíos? Entonces todos ellos volvieron a gritar: no a ese, sino a Barrabás. Es de saber que este Barrabás era un ladrón y homicida. Tomó entonces Pilato a Jesús, y mandó azotarle. Y los soldados formaron una corona de espinas entretejidas, y se la pusieron sobre la cabeza, y le vistieron una ropa o manto de púrpura. Y se arrimaban a él, y decían: salve, ¡oh rey de los judíos! y dábanle de bofetadas. Ejecutado esto, salió Pilato de nuevo afuera, y díjoles: he aquí que os le saco fuera, para que reconozcáis que yo no hallo en él delito ninguno. Salió, pues, Jesús, llevando la corona de espinas, y revestido del manto o capa de púrpura. Y les dijo Pilato: ved aquí el hombre. Luego que los pontífices y sus ministros le vieron, alzaron el grito diciendo: ¡crucifícale, crucifícale! Díceles Pilato: tomadle allá vosotros, y crucificadle, que yo no hallo en él crimen. Respondiéronle los judíos: nosotros tenemos una ley, y según esta ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios. Cuando Pilato oyó esta acusación, se llenó más de temor. Y volviendo a entrar en el pretorio, dijo a Jesús: ¿de dónde eres tú? Mas Jesús no le respondió palabra. Por lo que Pilato le dice: ¿a mí no me hablas? ¿Pues no sabes que está en mi mano el crucificarte, y en mi mano el soltarte? Respondió Jesús: no tendrías poder alguno sobre mí, si no te fuere dado de arriba. Por tanto, quien a ti me ha entregado, es reo de pecado más grave. Desde aquel punto Pilato, aún con más ansias, buscaba cómo libertarle. Pero los judíos daban voces, diciendo: si sueltas a ese, no eres amigo del César; puesto que cualquiera que se hace rey se declara contra el César. Pilato, oyendo estas palabras, sacó a Jesús consigo afuera, y sentóse en su tribunal, en el lugar dicho en griego Lithostrotos y en hebreo Gabbatha (era entonces el día de la preparación de la Pascua, cerca de la hora sexta), y dijo a los judíos: aquí tenéis a vuestro rey. Ellos, empero, gritaban: quítale, quítale de en medio; crucifícale. Díceles Pilato: ¿a vuestro rey tengo yo de crucificar? Respondieron los pontífices: no tenemos rey sino a César. Entonces se le entregó para que le crucificasen. Apoderáronse, pues, de Jesús, y le sacaron fuera. Y llevando él mismo a cuestas su cruz, fué caminando hacia el sitio llamado el Calvario, y en hebreo Golgotha, donde le crucificaron, y con él a otros dos, a los dos lados, quedando Jesús en medio. Escribió asimismo Pilato un letrero, y púsole sobre la cruz. En él estaba escrito: Jesús Nazareno, rey de los judíos. Este rótulo lo leyeron muchos de los judíos, porque el lugar donde Jesús fué crucificado estaba contiguo a la ciudad, y el título estaba escrito en hebreo, en griego y en latín. Por esto los pontífices de los judíos representaron a Pilato: no has de escribir rey de los judíos, sino que él ha dicho: yo soy el rey de los judíos. Respondió Pilato: lo escrito, escrito. Entre tanto los soldados, habiendo crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, de que hicieron cuatro partes, una para cada soldado, y la túnica, la cual era sin costura, y de un solo tejido de arriba abajo; por lo que dijeron entre sí: no la dividamos; mas echemos suertes, para ver de quién será. Con lo que se cumplió la Escritura, que dice: partieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica. Y esto es lo que hicieron los soldados. Estaban al mismo tiempo junto a la cruz de Jesús, su Madre, y la hermana o parienta de su Madre, María, madre de Cleofás, y María Magdalena. Habiendo mirado, pues, Jesús a su Madre y al discípulo que él amaba, el cual estaba allí, dice a su Madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dice al discípulo: ahí tienes a tu madre. Y desde aquel punto la tuvo en su casa. Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban a punto de ser cumplidas (para que se cumpliese la Escritura), dijo: tengo sed. Estaba puesto allí un vaso de vinagre. Los soldados, pues, empapando en vinagre una esponja, y envolviéndola a una caña de hisopo, aplicáronsela a la boca: Jesús, luego que chupó el vinagre, dijo: todo está cumplido. E inclinando la cabeza, entregó su espíritu. Como era día de preparación, para que los cuerpos no quedasen en la cruz el sábado (que cabalmente era aquel un sábado muy solemne), suplicaron los judíos a Pilato que se les quebrasen las piernas a los crucificados, y los quitasen de allí. Vinieron, pues, los soldados, y rompieron las piernas del primero y del otro que había sido crucificado con él; mas al llegar a Jesús, como le vieron que estaba muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados con la lanza le abrió el costado, y al instante salió sangre y agua. Y quien lo vió, es quien lo asegura, y su testimonio es verdadero. Y él sabe que dice la verdad, y la atestigua, para que vosotros también creáis. Pues estas cosas sucedieron en cumplimiento de la Escritura: no le quebraréis ni un hueso. Y del otro lugar de la Escritura que dice: dirigirán sus ojos hacia aquel a quien traspasaron.

(San Juan: cap. 18 y 19.)

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

DE CRISTO

El judío errante

La sobria narración de los evangelistas no se avenía del todo con la frondosa imaginación de algunos cristianos primitivos, que amplificaban, a su modo, la concisa verdad evangélica, guardada celosamente sin mutilaciones o interpolaciones por la Iglesia.

La avidez de noticias acerca de J. C. da lugar primero a los «apócrifos», libros en los cuales, a la vuelta de tal cual episodio evangélico, de tal cual tradición verosímil admitida por la Iglesia, añaden una multitud de hechos portentosos e inverosímiles, a veces hasta ridículos. Como solamente se trata de impresionar, de la tendencia a lo maravilloso, a lo sobrenatural y milagroso y, por otra parte, a sus autores no les asiste la divina inspiración de los libros anónimos imitados, no es mucho se despeñen a veces en el precipicio de verdaderas infantilidades.

Más tarde se forman las leyendas sobre hechos de la vida de J. C. o de los Apóstoles. Leyendas que, mientras respiran la simplicidad de anónimo de sus inventores, de aquellos cristianos henchidos de fe, de candorosa credulidad a veces, resultan encantadoras; pero cuando las toma un Eugenio Sué, por ejemplo, para ampliarlas, ataviarlas, retorcerlas y cambiar su verdadero sentido, acaban por oscurecerlas y desfigurarlas. Alquimistas de la literatura, acaban por reducir el oro de la leyenda o de la historia al polvo impalpable e incoloro de cuatro subjetivas apreciaciones.

* * *

La leyenda del Judío errante nació en la Edad Media, tarde ya como se ve, y precisamente en aquella edad de verdadera proscripción universal para el pueblo de Israel.

Varían en detalle las relaciones de los autores que las transcriben. Maury la hace extensiva a Herodías, la manceba del rey Herodes, decapitador del Bautista, condenada a vagar por la tierra indefinidamente por su petición de la cabeza del íntegro precursor. Tal otro combina las dos leyendas y hace que se vean, cada siglo, una vez, el Judío errante y Herodías, uno desde el extremo de Asia en el gélido estrecho de Behring; otro desde el extremo N. O. de América... Su sustancia es como sigue:

* * *

Durante la penosa ascensión al Gólgota, un judío, de más pétreo corazón e inhumanos sentimientos que los demás, parece sobresalió en el ensañamiento contra el doloridо Nazareno, y sobre los golpes que le daba ni aún quería dejarle momento de respiro. Empujándole, decía, «Anda, anda deprisa». Aun en las caídas dolorosas de Jesús le golpeaba y denostaba: «Arriba, levanta, anda, anda deprisa».

Y así siempre que Jesús detenía su paso, fatigado por su debilidad a causa de los tormentos, exhausto de fuerzas, agobiado por el peso de la cruz; Ashararus—así le llama la leyenda—después de fuerte empujón, aullaba con rabia: «Anda, anda deprisa».

Por fin, una de las veces que lanza la descompasiva y, en circunstancias tales, inhumana frase, el Divino Ajusticiado se volvió a él, y sin airarse, pero con firmeza, pronunció el anatema, la maldición terrible sobre Ashaverus.

«Y tú andarás errante por el mundo, y sin jamás detenerte, hasta que yo vuelva», dijo Jesús.

Y en aquel mismo momento, el tal hombre empezó a andar sin cesar, a errar sin pararse, a caminar sin ruta, a recorrer los continentes sin tregua ni descanso—días, semanas, meses, años, siglos... hasta la segunda venida de J. C., que será al fin del mundo a juzgar a los vivos y a los muertos.

«La leyenda, dice Papini, no está corroborada por ningún texto de los primeros tiempos cristianos. Pero es verdadera, con una verdad más tremenda que la histórica».

* * *

El Judío errante no es ningún ser personal, desde luego. J. C., que imploró el perdón en la Cruz para sus más encarnizados enemigos, los ejecutores y los inductores del tremendo crimen, para todos los manejados y dirigentes de la trágica farsa plebiscitaria del ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!, no se concibe siquiera saliese de sus divinos labios una tan terrible maldición por un insulto más o menos.

Pero el sambolismo es exacto. El verdadero Ashaverus, el verdadro Judío errante, es todo el pueblo israelita, toda esa desgraciada nación, dispersa y disgregada por todo el mundo sin asiento fijo, «sin rey, ni príncipe, sin sacrificio, sin altar, sin efod y sin racional», según había sido profetizado por Oseas (cap. III-4).

Este pueblo, eminentemente racista, condenado a no constituir nación, a no conocer Patria! Acaso por ello su intento sea arrancar de los pechos de los nacidos este sentimiento tan natural en todos los hombres que sintieron y sienten tomando parte en una unidad de destino. Como Ashaverus, el pueblo israelita goza de una relativa inmortalidad. Han desaparecido, como pueblo, razas coetáneas o posteriores a ellos: iberos: celtas, anglos, normandos, etc., para unirse con otros grupos étnicos y constituir naciones. El pueblo judío permanece, y permanece errante por el mundo, diseminado, odiado, cosechando el desprecio de cualquier raza, vejámenes oprobiosos, represalias sangrientas, despiadados insultos.

Desde la muerte de J. C. se suceden invariablemente, a través de la Historia Universal, semejantes capítulos. Devastación de Judea por Vespasiano; destrucción de Jerusalén por Tito, matanzas en Cirene; malos tratos en Casárea; aniquilamiento de los restos de nación judía por Adriano; dispersión definitiva, diáspora total.

Y después..., en la Edad Media, barrios aparte para ellos en todas las ciudades europeas, como para alojar gente detestable, una raza inferior, un género de leprosos. ¡Ellos, los del pueblo elegido, que no quisieron entrar en el Pretorio, la morada de un prócer romano «ut non contaminar entur» para no contaminarse en una casa donde había levaduras!

Y siguen vagando por todos los países, expulsados de unos, tolerados en otros; arrojados de aquéstos, readmitidos en aquéllos. Terribles matanzas en Bohemia y Austria; persecuciones en algunos puntos de Africa por sus hermanos de raza los árabes; expulsión de España y Portugal...

Avanva la Edad Moderna. Exacerbados de tanta persecución, de tanto vejámen (a que en parte dieron ellos culpa), en lugar de reconocer la verdad palpable de la profecía de Cristo, se obstinan en no reconocer por Dios al que pidieron para la Cruz y le persiguen con más saña que sus antecesores.

Pasión

1

Fue entonces... Era la primavera. Todo era cálido y el ambiente amigo. El árbol se hacía flor. Cuando en el mediodía el alto sol despertaba la lejana ilusión dormida y el azul cielo le daba razón al afán. Cuando la mar era dos veces mar, y todo era mar: el campo, la ciudad, la lejanía... Todo desbordándose se hacía ambiente y la sangre encontraba su sentido, cuando hasta la piedra se hacía carne y semejanza. Y todo era alrededor alegre, con la alegría nueva. Nacía la brisa, el grito y la flor. Todo tenía un aire de bandera y llamada. Y también de soleado frescor. Uno se hacía mundo en el renacer.

Venía el encontrado olor de las higueras de Galilea. Fué entonces...

2

Jesús, Hombre, hijo de María, en la Cruz! Está muriendo por la Vida, el Amor y la Justicia. Y por la Verdad y la Grandeza. A nadie—dice Giovanni Papini—tienes ya contigo, Cristo. Estás solo como estabas solo en la noche.

Y es entonces cuando Cristo, abandonado por los que le siguieron, clavado por los que ama, dice estas eternas palabras, las más grandes palabras que se han pronunciado jamás:

—¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen!

Fué en el día antiguo. Han pasado diez veces cien años y luego otras nueve, y las palabras son las mismas. Los hombres no saben lo que se hacen. Como entonces, pocos son los que saben o quieren saber qué vino a hacer Cristo a la tierra y cuál fué la tremenda y divina razón por la que murió.

Los hombres no son como El quiso que fuesen. Si volviese a la tierra otra vez le volverían a crucificar. Quizá porque ha pasado poco tiempo para hacer en el Hombre de la Bestia el Angel.

3

Recordemos, pues, en esta Semana de Pasión que nos coge a la sombra en flor de las espadas en victoria, en este amanecer alegre y soleado de la noche de España. Recordemos, pues, y no lo olvidemos jamás, cómo Cristo quiso que fuéramos los hombres en la tierra. Y hagámoslo sangre de nuestra sangre, idea de nuestra idea y afán de nuestro afán.

Y, mientras tanto, que Dios nos perdone.

El judío errante

cuando vivía sobre la tierra. Y conciben los más execrables planes para exterminar su memoria. Masonería, marxismo, infinidad de sectas, elementos utilizados por una superior ansia de dominio, de conculcación de valores cristianos, fuerzas al servicio del judaísmo, exacerbado tanto menosprecio secular por tan atávica enemiga de todos los pueblos.

El sionismo, con Teodoro Herz a la cabeza, intenta rehacer la Patria judía en Palestina, a raíz de la guerra europea, para desmentir la profecía de Cristo... Y después de inútiles esfuerzos, a pesar de contar con elementos influyentes judíos del país protector Inglaterra y de todos los vencedores de Versalles, únicamente logran embarcar unos miles de proletarios hebreos, quedando los magnates en Nueva York, Londres, Berlín, etcétera. Y de nuevo matanzas y persecuciones y caza de judíos por elementos árabes en Palestina, disturbios antisemitas en Polonia, en Africa, expulsión de la Alemania nazi..., siguen, siguen errando dispersos y contumaces en su obcecación persecutoria de Cristo.

¡Desgraciada progenie! Su salvación está en el reconocimiento de Cristo, pues «no hay salvación en otro alguno». Lejos de ello acrecientan sus artes diabólicas por aniquilar el «gong», como despectivamente llaman ellos al cristiano. Sus armas, ocultas hasta ahora, salen a pública luz. El veneno, la ponzoña de sus organizaciones secretas para trastornar al mundo cristiano, se van analizando y poniendo de manifiesto de día en día.

Por esto acaso decía Niezsche que el mundo sería o un dominio judío o rabiosamente antisemita, según que se diera o no cuenta de aquellos secretos manejos.

Descubiertos y conocidos sus tétricos planes de dominación universal, fraguados por los sabios de sus Protocolos, en varias naciones poderosas y clarividentes pronto lo serán en el resto del planeta. Poco a poco se va haciendo la luz.

Y renacerá el antisemitismo medioeval—en nuestros tiempos con más razón—, las expulsiones y desprecios, la opresión persecutoria en medio del resurgimiento de las naciones que no se resignan a morir extranguladas por el dogal judeo-masónico.

No es que yo desee tales persecuciones, desdichas y calamidades al pueblo deicida. Como en la exposición de lo anterior así en la previsión de lo futuro, no hago sino constatar los hechos que fueron y serán.

(Sigue en la página 7)

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

VIDA DE LA FALANGE

Discurso de Dionisio Ridruejo, pronunciado en el acto organizado por Falange en Sevilla, el 15 del actual

Al adelantarse al micrófono, es acogido con una ovación.

¡Pueblo de Sevilla, camaradas!

Vengo a hablaros aquí desde la Castilla, desarbolada y fría, en donde todas las raíces de la Patria claman calor y sustancia de unidad fecunda. En todos los colores y sabores de la Patria se alza una plataforma desnuda, de universalidad y de estilo. Y vengo a hablaros a esta Andalucía, a la que la Falange no consentirá que se agravie llamándola indolente y castiza. Y lo primero que hago al venir de Castilla es saludar desde aquí a vuestro general Queipo de Llano; saludarle desde aquí sin un halago y sin un solo elogio, porque se han acabado las épocas en que a los hombres que cumplían con su deber se les impusieran condecoraciones; porque ahora, la mejor condecoración es la del sencillo y militar cumplimiento del deber y a vuestro general no le quiero ofender con elogios, porque de general es ganar batallas y de gobernantes es hacer de la espada una balanza exacta de la justicia. (Muy bien; grandes aplausos).

Por lo tanto, desnudamente le digo, con Castilla y la Falange, al general Queipo de Llano: un saludo, mi general, y a sus órdenes.

Y ahora, a hablar del frente, de la retaguardia, de la Falange y de la revolución nacional-sindicalista. Ahora a hablar del momento vital en que España anda metida con ríos de sangre.

A la Falange no le han gustado, por costumbre, los discursos y los mítines. Pero era que sabía que tras los discursos y los mítines no había más que un mal opio para envilecer al pueblo, para cortarle las alas, para embargarle en dulces promesas y quitarle el temple y la decisión de haber obra histórica.

Ypor eso, mejor que la palabra, mejor que el eco de la palabra, desde el primer día de nuestro nacimiento quisimos el eco de los estampidos, el eco de las pistolas y con eco de pistolas empezamos a hablar en España.

Pues bien, hoy, que toda España tiene una línea llena de disparos, hoy que se habla sobre obras, hoy sí que hay que hablar, porque este hablar es la única manera que los hombres han descubierto para entenderse a fondo, y por eso hablamos y anunciamos con palabras el sentido de una cosa que ya es un hecho y que ha de traer muchos hechos.

Os han dicho nuestros camaradas que la Falange comienza hoy en España, continúa y da forma y volumen hoy en España a una obra de asistencia al frente. Toda la Falange quiso ser desde el primer día frente íntegro, frente contra todos, frente escueto y revolucionario, que no habría de desmontarse hasta que la Patria estuviese salvada. Desde el primer día lejano, la Falange, como ha dicho el camarada Pemartín, declaró la guerra de España. Y desde entonces, toda ella es milicia exigente, guardia firme en torno del cuerpo en duda de la Patria.

Pero ahora, ahora que la guerra ha tomado una forma extensa; ahora, es preciso que la Falange, montada en el frente y hecha guardia en España, tome también en sus manos la labor de llevar de la retaguardia recursos para el frente, no se va a limitar a hacer una empresa de transportes, no se va a limitar a hacer una bolsa de intercambio, no va a valorar lo mismo el donativo, del que puede hacerlo, que la sangre del que no tiene más que esa sangre. (Aprobación.)

La Falange, al montar el servicio, va a exigir que la retaguardia se dé una zambullida exacta en esa línea de los frentes, que la retaguardia gane conciencia militar, que la retaguardia se haga carne viva de la guerra, que la retaguardia empuñe las armas, si no para ir a las trincheras, sí para tener tensa la voluntad, que la retaguardia se haga una con el frente y no se sienta ni desligada de él ni defendida por él, que la retaguardia con el frente sean el duro bloque de la defensa y salvación de España. Eso quiere hacer la Falange con su asistencia al frente, porque si hiciese otra cosa, si se conformase con tomar del potentado la caja de cigarrillos, cuando esa caja llegase a los frentes, el camarada, vigilante y sufrido, la tiraría al barro como un insulto, porque no es el donativo ni la piedad lo que la Falange viene a exigir de la retaguardia, sino lo hondo, la conciencia, la honda decisión de meterse en la guerra, en el credo de la guerra, y hacer de la guerra su razón de vida y sacar de la guerra las altas consecuencias que se esperan. (Muy bien. Aplausos).

Por eso, yo no voy a excitar vuestros sentimientos con narraciones bélicas, con comentarios sobre la dureza de la vida del frente. Vosotros sabéis que allí se vive mal y allí se muere. Eso es bastante. (Muy bien). No. Vamos a decir aquí—y yo vengo a repetirlo—qué es lo que queremos que salga de esta alianza entrañable hecha por nuestro esfuerzo entre la retaguardia y carne viva y heroica de los frentes de batalla. Nosotros venimos aquí a definir la guerra, a decir lo que de la guerra, lo que por la guerra entendemos.

Nos han dicho las voces más autorizadas del Gobierno que hoy rige los destinos de la Patria, que somos los anunciadores e iniciadores de esta guerra, y nos dicen las listas que tenemos que somos los mayores contribuyentes de la guerra. Y nos dice nuestra propia conciencia que somos el bloque importantísimo que tiene el estilo de la guerra. Pero nada de eso queremos nosotros echarlo por delante para reclamar el derecho a definir esta guerra, para reclamar el derecho a decir lo que queremos que de esta guerra salga. Porque no basta haber sido heraldos ni tener mucho número. Por lo que sí tenemos derecho a definir es porque al ser heraldos cuando nadie podía serlo, porque al ser anunciantes de esto cuando todos escondían su voz, porque al ser iniciadores de esto, cuando todos enterraban su ímpetu, nosotros sabíamos ya adónde teníamos que llegar, porque nadie podrá suponer que nosotros queríamos la guerra por el placer macabro de contemplar una contienda gigantesca, por el placer morboso de ver un charco sangriento sobre el solar de España. Si nosotros queríamos la guerra es ponque adivinábamos que en la hora de la historia sólo se puede decidir en una coyuntura trágica, porque sabíamos que los destinos de la Patria sólo podrán recobrarse con el dolor de una aventura violenta, porque éramos jóvenes y despreciábamos los arreglos y queríamos que la Patria tuviese de una vez las puertas abiertas hacia su verdadera salvación. (Muy bien. muchos aplausos.)

Por eso declarábamos la guerra, por eso somos heraldos de la guerra, y por eso al estallar la guerra de verdad lo mejor del pueblo español, lo más esencialmente pueblo del pueblo, se ha venido con nosotros, se ha puesto la camisa azul, ha cogido el fusil y ha dicho a España que de una vez, por las buenas o por las malas, de grado o por la fuerza, tiene que ser salvada. (Ovación que dura largo rato.)

Porque esto es así es por lo que nosotros nos encontramos con el derecho para definir la guerra y tratar de sacar sus consecuencias. Porque hay hoy en el clima español de retaguardia, en el clima español en el que perduran las nostalgias de las peores cosas, en este clima presente, hay hoy actitudes y criterios que falsean del todo lo que es esta guerra; porque hay en la retaguardia quien quiere hacer de esta guerra el pretexto de su descanso, la coyuntura de su tranquilidad, quien quiere sacar de la sangre un abono para cuetnas corrientes y digestiones plácidas... (Una ovación interrumpe al orador, impidiéndole seguir. El entusiasmo dura largo rato), porque hay quien quiere sacar de la guerra—y lo dice con letras de molde—el orden y la tranquilidad. Y nosotros no lo queremos. Y hay alguien más que quiere ceñir a esta guerra en las mismas líneas que tuvieron todas las pugnas malogradas de España; hay quien quiere hacer de esta guerra la prolongación de aquellas cizañas españolas ventiladas casi siempre a «papeletazo» limpio en las urnas; hay quien quiere hacer de esta guerra la continuación imbécil de aquella división de las derechas y de las izquierdas. (Grandes aplausos.)

Nosotros, ante eso, sí que sacamos rabia, sí que transformaremos la asistencia al frente en una asistencia del frente, porque del frente—oídlo bien—regresarán los fusiles, y del frente—oídlo bien—regresarán los hombres encendidos, y en el frente—¡sabedlo de una vez!—nadie ha creído en las derechas ni nadie ha creído nunca en las izquierdas, porque por estas cosas torpes, fragmentarias y ambiguas no hay nadie que sea tan imbécil que se deje matar. (Atronadora ovación. El público, de pie, rompe en una larga y sostenida salva de aplausos, que dura largo rato.)

Por lo tanto, camaradas, cuando nosotros queremos captaros en bloque y zambulliros e nlas líneas de fuego para que aprendáis la lección de la sangre; cuando nosotros tomamos oportunidad de una obra como ésta para llevar vuestra atención hacia los que combaten, más exactamente que el socorro, queremos, como he dicho, la conciencia militar que os haga entender el por qué de esta guerra, y así nosotros tenemos, contra esos errores expuestos, que afirmar rotundamente nuestra entera postura revolucionaria. Porque resulta que en España, desde hace mucho tiempo, se viene ofreciendo este movimiento terrible de un pueblo lleno de vitalidad y solera, deu n pueblo en trance de vida y agonía, que busca coyuntura de escape, que derriba puertas, que tira instituciones para ver de salvarse, para ver de salir a su equilibrio, para ver de encontrar su eterna ruta. Y en España se viene produciendo una vez y otra vez la traición de los que tienen que sacar consecuencias de todas esas coyunturas que en las urnas o en la sangre, que en la historia y en el frente cercano está viviendo con dolores y con pena el pueblo español.

Y nosotros no podemos tolerar que una vez más pudiera malograrse, por una mala inteligencia, esta rabia del pueblo, que busca su salida hacia la historia, porque no podemos permitir que España, cuando va a extender las alas, quede otra vez mutilada, porque no podemos consentir que se engañe a la sangre, que es la que manda sobre el tiempo y sobre los hombres. (Muy bien. Grandes aplausos.)

Nosotros, ante esta guerra, hacemos la afirmación de un propósito revolucionario como la hicimos al nacer. Nosotros, de esta guerra, vamos a sacar, con la ayuda de quien quiera venir a ayudarnos, con la confianza de los Cuerpos militares, vamos a sacar la consecuencia histórica de España. Y la primera conecuencia de España va a ser una consecuencia negativa, la que determina las razones de nuestros actos. La primera consecuencia de la guerra va a ser la libertad de España en contra de las olas asiáticas que tienden a anegarla para la eternidad. La libertad de España en contra de esa cadena de intereses que quiere hipotecarla para un goce particular y privado. La libertad de España contra los unos y contra los otros. Nosotros con quienes quieran ayudarnos, vamos a hacer que esta España libre sea una España única. Vamos a hacer que se terminen para siempre los gérmenes de división que confundían a los hombres, a las tierras y a las clases de España, y que desviaban la vitalidad inmensa del pueblo hacia luchas estériles, de las que nada podía salir. Nosotros afirmamos la unidad de España, y con la unidad de España tenemos que afirmar la muerte de todos los que están en contra de esa unidad. Con la unidad de España tenemos que afirmar la muerte de todos los teóricos locos que quieren elevar a categoría permanente las raíces podridas y sucias de unos localismos mezquinos. Nosotros tenemos que matar de una vez la planta de los separatismos españoles. (Bravo. Gran ovación.)

Para restablecer esta unidad, nosotros tenemos que cortar, tenemos que condenar a muerte a todos los que sirven de intermediarios entre el afán auténtico del pueblo por incorpararse a sus destinos y esta malograda sorpresa que nos deja, encasillándonos en grupos parciales. Nosotros tenemos que desarraigar de España el germen maloliente y caduco de los partidos políticos. Nosotros tenemos que acabar con la división de colores que tuvo y tiene España, y nosotros, para acabar con esa división de colores, no encontramos, como no lo encontró nunca la historia, más que un método: el de la victoria de una de ellos. Porque vosotros sabéis cuantas guerras civiles han terminado en abrazos de Vergara. Vosotros sabéis cuántas revoluciones han terminado en componendas y pasteleos. Vosotros sabéis cuántas esperanzas del pueblo español han sido echadas en las ruletas de todos los «Straperlos». Vosotros sabéis cómo la alianza y el maridaje desigual no sirven sino para sacar unos hijos enclenques y podridos. (Muy bien.) Vosotros sabéis que en la historia y en el tiempo la unidad ha sido siempre opuesta a la unión, y tenemos que afirmar en contra de todos los partidos, en contra de todas las ramas de desunión de España, vamos a imponer por la victoria, vamos a ganar por el convencimiento o por la violencia, la unidad de España bajo una sola disciplina, bajo un solo emblema, bajo un solo color y bajo un solo mando, que han de ser los nuestros, porque Dios lo querrá. Que han de ser los nuestros, porque conocemos la verdad de España y la hemos dicho antes que nadie. Que han de ser los nuestros, porque tenemos gracia y coraje para hacer de nuestra voluntad un credo. (Entusiasta ovación.)

Por último, camaradas y pueblo de Sevilla, vamos a acabar de una vez con el último grado de lucha entablado en los campos de España, que es, además, el pretexto más próximo de esta guerra, que es, además, el más duro y difícil de imponer: contra el de la división y encono de las clases, contra el abuso de los privilegiados, y la humillación de los ofendidos, contra esta muralla china que divide a España en dos castas y vertientes, como si los españoles no tuvieran la misma alma y no fueran partícipes del mismo destino; como si los españoles de todas las clases de España no se hubieran metido en la misma trinchera, no hubieran tomado la misma camisa o el mismo uniforme, para entender, con entendimiento de sangre y violencia, el honor de la Patria, que ante ningún interés pequeño ni grande puede ser pospuesto.

Os digo que tenemos que hacer que esta guerra, el hondo significado de esta guerra, no sea sobre todo el triunfo de los privilegiados sobre los oprimidos, no vuelva a ser el pretexto para que una más honda división de clases viniese a hacer—ya entonces irremediable—la ruina de esta Patria que no puede morir.

Nosotros venimos a defender, ante la sangre y la guerra, ante el pueblo que nos escucha y que nos cree, la igualdad de los hombres ante el destino de la Patria. (Ovación.)

Porque resulta, camaradas, que lo mismo que nosotros teníamos razones de angustia, porque la Patria se nos iba de las manos, porque los valores espirituales se perdían sin remedio, como nosotros sacamos rabia y desesperación de una ruina espiritual que pa-

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

recía inminente, ellos, los de enfrente, han tenido también sus razones, sus razones malas, pero las han tenido. Porque no podéis olvidar que es verdad que las revoluciones las hacen los dirigentes, que es verdad que las revoluciones las preparan las minorías, que es verdad que el fin último de esa revolución tortuosa que tenemos en las líneas del frente, esa revolución oscura que nos quiere negar a España, es la negación de todo valor espiritual, el encono contra toda una civilización exacta, erguida y aun viable. No es mentira que estos hombres llevaban a España a la perdición y a la miseria. Pero fijarse bien. Ni el dirigente más milagroso, ni las minorías más tensas, ni el dinero más abundante, ni las conjuras más tenebrosas, pueden mover a un pueblo si no utiliza, por lo menos, como palanca y resquicio para introducirse en él, una razón auténtica de justicia que nos están dando los de enfrente, es la razón del hambre y la miseria del pueblo, y si nosotros, camaradas, al hacer esta guerra histórica, al liquidar para siempre esa mala semilla de los explotadores extranjerizantes, al acabar para siempre con esas conjuras tenebrosas que nos quieren incorporar a un igualitarismo estúpido, que prescinde de líneas y fronteras, si nosotros, ante esta guerra que va a acabar con los rojos, no tomamos para nosotros mismos las razones humanas que los han movido a ella, no hacemos de sus razones la satisfacción de razones del pueblo, no tomamos de su energía el ejemplo de su angustia auténtica, no hacemos de ese hambre la suprema razón de nuestra energía, no les desarmamos de razones, quitándoselas y haciéndolas nuestra, si no hiciéramos eso nosotros, ni nos incorporásemos a esta guerra, el mismo designio de justicia encauzada hacia líneas nacionales, que ellos han desviado hacia líneas extrañas, nosotros, si traicionamos la sangre del pueblo, estaríamos malditos para siempre ante la Historia, porque nosotros habríamos hecho la guerra para vivir tranquilos en nuestros hogares burgueses, porque nosotros habríamos hecho la guerra para reconocer la lucha de clases y humillar a las clases más bajas. Y como nosotros sabemos que esta guerra se está llevando para nivelar a España y entregar a todas sus masas al designio espléndido, como nosotros sabemos que esta guerra viene a entregar la Patria, nosotros no podemos tolerar que la barrera de las clases, que la barrera de los egoísmos, venga a ponerse en las líneas en donde están nuestros mejores batallando para que, para siempre, queden aquéllos excluídos y sus razones atropelladas y muertas. (Clamorosa ovación.)

Estas tres cosas que os he dicho: la de tierra, la de los hombres y la de las clases, vienen a afirmar en palabras muy claras, que ni el Ejército español ni la Falange de España vienen a luchar para nadie, que ni un solo tiro ha sido empleado para defender intereses o devolver cosas muertas. Que ni un solo tiro puede perderse en la satisfacción de castas, de grupos o de personas de unos cuantos españoles de mejor apellido. Quiero decir que nosotros y el Ejército de España estamos haciendo esto para llevar a cabo una revolución que integre a España en el interior, una revolución que afiance en España la solidaridad de los españoles, enfocados al desarrollo de un destino y que sobre esta potencia de conciliación y de unidad, lancen a España por sus rumbos naturales hacia un mañana esplendoroso, al que tiene derecho.

Es decir, que los que aún creen, que los que aún sospechan que de esta guerra va a salir el orden, que de esta guerra va a nacer la tranquilidad, que después de esta guerra las pretensiones sindicales de los obreros van a quedar deshechas, que después de esta guerra las apetencias particulares de los políticos van a quedar libres, los que esto sospechan que se vayan muriendo... (Una gran ovación interrumpe al orador durante un rato.)

Los que esto sospechan no saben nada de lo que es España. No saben que España es el pueblo que ha cumplido en el mundo las más altas misiones, y que cuando un pueblo puede cumplir altas misiones, su carne no puede ser entregada a los cuervos.

Os decía, propugnando contra estas mentes endebles y contra esas conciencias caducas, la integración española en una revolución perfecta. Y nosotros haremos esa revolución, y sabemos que para hacerla tendremos los auxilios necesarios. Por dos cosas: primero, porque sin que nosotros tengamos que halagar al Ejército, sin que tengamos que andar todos los días con la pluma en alto para ofrecer retórica a los soldados de España, sin que tengamos que fingir humildades para hacernos gratos a las altas jerarquías, nosotros, porque hemos iniciado la guerra, porque hemos dado al Ejército los cuadros mejores de nuestros hombres, porque hemos predicado la vida como milicia y organismo militar, porque vamos a construir a España con el rigor castrense de situar a cada hombre en su puesto y de montar las jerarquías de la Patria en una escala natural de valores; nosotros, porque somos carne y cuerpo militar, tenemos—estoy seguro—mejor que los aduladores oficiales, mejor que los mezquinos que fingen disolverse, tenemos la conciencia de que el Ejército español abrirá marcha en vanguardia para esta revolución que predicamos. (Gran ovación.)

Por si fuera poco, tenemos razón para saber que esta revolución nacional será cumplida. Y es la de que, contra lo que digan, contra todos los aspavientos, contra todas las suposiciones, nosotros estamos encuadrando e incorporando al pueblo español, al pueblo español de verdad, que no nos preocupa cómo viene vestido, que no nos preocupa si tiene más casta o tiene peor sangre.

Nosotros estamos enlazando en la igualdad de esta camaradería de la Falange, en el ardor de esta sustancia militar que nos gana, estamos aprehendiendo a todo el pueblo español, a toda la prole española, a todo lo que es prole y proletariado de España, a todo lo que es clase buena de España, a todo lo que es casta legítima de España, a todo lo que no se siente atado con podredumbre antidiluviana, a todo lo que no se siente aferrado a continuidades podridas, a todo lo que está libre, para cuando la España le diga adelante ponerse en pie de fe en las líneas que España necesite para vencer o morir sin volver la cabeza. (¡Bravo! Ensordecedora ovación.)

Es decir, que, de una parte, tenemos a los hombres en la guerra; de otra, la exigencia de que la retaguardia se incorpore a esos hombres, se haga bloque con ellos y salga a defender el honor de la Patria, y de otra, las líneas eternas de la revolución nacionalsindicalista, escritas en 27 puntos y mantenidas con los mejores ejemplos españoles. Y, por último, la seguridad de tener los brazos bien fortalecidos para poner esa revolución en marcha, para hacer que España se vista con la forma de esos 27 puntos y se ponga en marcha y salga hacia adelante y conquiste su imperio. Es decir, que tenemos la fe y el coraje, como lo anunciamos desde el primer día de su nacimiento, para salvar a España de una vez—y no creáis que el parangón es del todo inexacto—, de las manos de las derechas y de las manos de las izquierdas. Para poner a España de una vez contra todos los orillados, que quieren equivocarla en el sitio que está.

Vosotros sabéis, camaradas, adivinar en la sangre qué misión gigantesca es esta que tiene España abierta en las calzadas de su idioma. Vosotros sabéis cómo viven en los Altos Balkanes los hombres nostálgicos de una patria abandonada y perdida. Vosotros sabéis cómo se estremecen en las jóvenes Américas los vástagos robustos de esta Patria inmortal. Vosotros sabéis, porque lo tenéis cerca, cómo claman de angustia los pedazos arrebatados del suelo español. Vosotros sabéis qué alegría, en esta hora del reparto del triunfo, en esta hora en que el mundo va a decidir su suerte, qué alegría nos debe invadir, qué ímpetu debe mejorar nuestra sangre, para pedir la parte que nos corresponde, para entrar en la alianza del poder, para ganar por la mano la carta del triunfo entre los pueblos, para ponernos en marcha y no descansar nunca.

Pero ahora os digo: Hay estas empresas por ganar. Cuando nuestros mejores mueren por conquistar ese futuro esplendoroso, cuando tenemos tantas cosas que hacer, cuando España va a mejorar el destino que tuvo, ahora no se tolera que haya alguien que crea que la guerra ha venido para salvar sus intereses. Cuando sabéis los azares que nos esperan por fuera, cuando sabéis cómo el mar se estremece de nuestro anuncio, cuando sabéis cómo el Africa se engalana de nuestras alegrías, cuando sabéis cómo el mundo, con su redondez, llama y nuestra medida, ahora sí que os tienen que parecer repugnantes los que creen que la Patria sufre una gran contienda para que gobiernen unos cuantos privilegiados. ¡Ahora sí que os tienen que parecer miserables! Pero no va a ser así. Nosotros no queremos que la Patria se acomode a su intimidad. Nosotros no queremos que el triunfo de la Patria sea para mejorar las condiciones de unos ni aun las de todos. Nosotros queremos estrecheces, nosotros necesitamos la gloria del aire, entera, para nuestras alas. Nosotros no podemos tolerar que España se nos quede metida en un afán de fábricas y de cuentas y de Bancos. Nosotros no podemos permitir que se entregue y malogre el destino de España en los afanes progresistas de unas cuantas mejoras en las comunicaciones.

Nosotros tenemos que exigir una Patria, en peligro y en riesgo, levantada y ágil, y difícil de entender y más difícil de servir. Una España que arrastre nuestras venas en el río común del heroísmo, una Patria que nos haga locos para siempre, que nos ponga en un trance de delirio y que nos lleve a la gloria. Nosotros necesitamos la Patria que soñaron los muertos nuestros. Nosotros necesitamos la Patria que sube a la inteligencia. Pero, además de necesitarlo, con la cara puesta en los fusiles que regresarán de las líneas de fuego, la vamos a ganar y la vamos a hacer. Y los que por encono miserable o pequeño interés traten de oponerse a ello, los que por prejuicios, nostalgias o afanes de comodidad, quieran quebrar este destino, que sepan que son traidores, que sepan que en el día vecino y cercano, tendrán, con los rojos, en la misma línea de menosprecio, entre la misma pared y el mismo fusil, el mismo destino para el cumplimiento de una justicia inexorable. (Gran ovación.)

Voy a terminar. Está abierta, sevillanos y camaradas, la oportunidad de volcaros en el calor de la guerra sin reservas. Está abierta la posibilidad de meteros en la alianza heroica, por esta parte, de la asistencia al frente, y está abierta también con la Falange, en las filas militares y justas de la Falange, en el Sindicato y en la milicia, la puerta por donde todos los españoles pueden llegar a conocer para llegar a alcanzar un puesto de servicio para el triunfo de España. Esta puerta estará abierta siempre con generosidad y largueza, aunque por tenerla abierta vengan a llamarnos rojos, los mediocres y los tontos. Esta puerta está abierta para el pueblo. Por ella puede entrar el que quiera, para tomar las armas y defender a España.

Y así queda este acto definidor de una obra de la Falange, en el que he aprovechado la coyuntura del recuerdo guerrero para meter la cuña de nuestra honda ambición española. Así queda este acto para decir la última frase que queremos decir: tened alegría, camaradas. En España, en toda España, en lo que es territorio ocupado y en lo que no lo es; en lo que es palabra y lo que es afán imperial, en toda España está clavada ya nuestra bandera y por todos los rincones de España hay gallos altaneros clarineando el resplandor y el gozo de nuestro venturoso advenimiento. ¡Arriba España!

(Una clamorosa ovación subrayó las vibrantes palabras finales del orador. El público, de pie, aplaudió largo rato y volvió a reproducir la ovación con el mismo entusiasmo delirante.)

(Viene de la página 5)

El judío errante

Y los hechos son que continuarán—Asha-verus vivientes—errantes por toda la tierra, siendo el oprobio, la abyección de la humanidad, los parias desdichados sin Patria, sin rey, sin príncipe, sin sacrificios, sin altar, sin efod y sin racional», hasta que no reconozcan por Mesías aquel que pidieron para la Cruz.

¡Jerusalen, Jerusalen, convertere ad Dimonum Deum tuum! Jerusalén, Jerusalén, conviértete a tu Dios y Señor!

Increíble parece la ceguedad y dureza de corazón de este pueblo, la ofuscación de su inteligencia, lo empedernido de su voluntad.

Mas increíble resulta creer en el antiguo Testamento, en las predicciones de sus profetas y no ver su realización a través de los tiempos, al menos de aquellas que atañen a la dispersión y repulsa de las gentes judáicas.

Todavía se comprende menos ello, si se reflexiona poniendo en parangón, cotejando, contrastando aquellas profecías relativas a la abrogación de su culto y sacerdocio con las otras que anuncian la institución y permanencia de un culto nuevo dominando por todo el orbe desde los helados témpanos lapones hasta los ardores del trópico africano, desde las civilizadas naciones europeas hasta las tribus selváticas de la Polinesia. En todas las regiones del globo, por remotas del centro de su unidad, la Roma papal, se ofrece aquella «oblación munda» de Malaquías.

¿Qué diría hoy de la pertinacia, de la cerrazón de espíritu de esta raza, después de veinte siglos de patente demostración histórica, aquel grande hijo de Dalmacia, ínclito San Jerónimo, que ya en el siglo V briosamente oponía a los legistos, a los doctos del mosaísmo su brillante apóstrofe?

«Multitud de crímenes, oh Judea, cometiste, subyugada estuviste a todas las naciones que te circundaban. ¿Por qué delito? Por tu idolatría. Mas después de haber sido con frecuencia reducida a servidumbre, Dios se compadeció de ti y te envió jueces y hombres providenciales que te libertaron. De nuevo, bajo el mando de los Reyes, ofendiste a Dios y todo el territorio tuyo quedó arruinado en la devastación de los babilonios. Setenta años duró la soledad del templo... Finalmente, bajo Vespasiano y Tito, fué tomada Jerusalén y derruido el templo. Quedaron, sin embargo, los restos de la ciudad hasta el emperador Adriano, durante cincuenta años. Después de la demolición total del santuario, siguen las ruinas del templo y de la ciudad después de casi cuatrocientos años. ¿A qué tan gran crimen se debe esto? Ahora, ciertamente, no eres idólatra, sino que, aún esclavizada por persas y romanos y agobiada por el yugo de la esclavitud, no adoras dioses ajenos. ¿Cómo, pues, el Señor, antes tan misericordioso, que jamás de ti se olvidó, no se compadece ahora de tu mísera condición, en tan largo espacio de tiempo y no te libra del cautiverio? ¿Por qué crimen, repito, por qué execrable maldad aparta de ti los ojos? ¿Lo desconoces? Acuérdate de la palabra de tus antepasados: «Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos» y también «No tenemos otro Rey que el César». Ya tienes lo que has elegido: hasta el fin del mundo servirás al César, hasta que entren todos los pueblos en el redil de Cristo, y después también Israel será salvada.»

* * *

Admirable argumento, avasallador apóstrofe que constituía ya en el siglo V prueba irrefragable, que en el medioevo era de actualidad, que en pleno siglo XX no ha perdido su vigor, que, cada lustro y siglo que pase, acrecienta la fuerza de tan tremendas interrogantes.

¡Jerusalén, Jerusalén, «convertere ad Dominum Deum tuum!»

J. González Díez
Pbro.

Los Huertos, 20 Marzo 1937.

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

Os digo que tenemos que hacer que esta guerra, el hondo significado de esta guerra, no sea sobre todo el triunfo de los privilegiados sobre los oprimidos, no vuelva a ser el pretexto para que una más honda división de clases viniese a hacer--ya entonces irremediable--la ruina de esta Patria que no puede morir.

Ofrenda

Años de 1933, 34 y 35.—Hacía ya años que España estaba dormida, amodorrada, como viejo gladiador que, cansado de luchar, se sentaba al borde un camino en espera de otros más jóvenes que quisieran batir las armas por la continuidad histórica de nuestra Patria.

Se acrecentaba de día en día la pérdida de nuestra personalidad, de nuestra honra nacional, de nuestra propia coyuntura histórica y España iba siendo presa preferida por la garra destructora del marxismo internacional. Y cuando parecía tenerse perdida la fe surgió un español de cerebro luminoso, con alma de caudillo y de mártir que con las grandes ambiciones de recuperar la Patria y darla un Imperio formó una juventud valiente y abnegada, decidida y heroica que día a día luchaba en las calles por la Patria y el honor, por el Pan y la Justicia, por la España Una, Grande y Libre.

José Antonio Primo de Rivera, el forjador de las nuevas juventudes patrióticas, iba minando todos los contornos de la Patria y hasta en los más apartados rincones lanzaba las flechas alentadora de su fe, de su heroísmo y de su valor.

Con bravura sin igual—espíritu de Falange Española—ponía todo su empeño en la salvación de la España que invadida del marxismo, del judaísmo, de la masonería y del separatismo parecía olvidar las virtudes de su raza, de su tradición.

Ni los criminales atropellos, ni los procesos vengonzosos, ni la persecución constante pudieron con su hondo patriotismo y su abnegada tenacidad. Su espíritu y su Falange estaban presentes en los puestos del peligro luchando por el cercano porvenir de la España nueva que él como nadie había sabido ver y profetizar.

No importaba el sacrificio de sus mejores camisas azules, ni el que la pistola traidora del marxismo hiciera guardia sobre su organización, ni el que la bala criminal y asesina llevara la muerte sobre sus bravos falangistas si con ello recibían el honor de ser los primeros en caer por la salvación de España.

La Falange de José Antonio, los falangistas de su España querida ardían en deseos de profundizar en la obra revolucionaria que él con su abnegado ejemplo tanto les enseñó.

18 de Julio de 1936.—Y llegó, por fin, el día tan venturoso para España y para la historia de Falange Española de las J. O. N-S.

Esta a modo de chispa eléctrica, o como ha dicho el caudillo Franco, como precursora de este glorioso alzamiento nacional, de este glorioso movimiento patriótico y salvador, puso en pie lo más vivo, lo más ardoroso, lo mejor de la Patria: la juventud.

Mueren nuestros camaradas con la sonrisa en los labios y en los campos de batalla van cayendo esas razas de sangre que José Antonio plantó con amor y con pasión. Pero NO IMPORTA porque las que queden sabrán cumplir con la sagrada misión que el joven César y la Patria encomendó. Y sabrán dar el estilo de nuestro Estado Nacionalsindicalista por la España totalitaria del Imperio español.

1937.—Hoy ya en plena lucha de esta titánica guerra de España, salvada la Patria con la vida de nuestros mejores y de nuestros luchadores, los campos de batalla están repletos de camaradas de la Falange que, cara al sol, con la camisa raida de sufrir y luchar, contemplan impasibles, estoicos y alegres las embestidas del enemigo criminal, cobarde y traidor de España.

Y han sabido ya crear las alas del Imperio en este primer año de la Era falangista.

Y cuando esto acabe y vuelvan banderas victoriosas, el pensamiento, la acción y la obra de nuestro primer camarada, el mejor de los mejores, nuestro glorioso Ausente y Jefe Nacional que hoy, 14 de Marzo del 37 hace un año que entretegió entre los barrotes de la cárcel el entramado de nuestra victoria, el de la España Azul y cuyo recuerdo llevamos grabado en nuestro cerebro y en nuestro corazón escribirá una las más hermopáginas de la Historia de España de la que tanto heroísmo y grandeza fluirá.

Pero hoy, 14 de Marzo también, TU que nos das tantas fuerzas, José Antonio, te juramos que no será más que una marcha inicial para nuevas conquistas porque sobre los campos, aldeas y ciudades de la Patria tuya, de nuestra España querida con nuestra bandera, nuestro estilo, nuestro jugo y nuestras flechas sabremos honrarte levantando el auténtico Imperio español al grito sublime y arrollador de ¡¡Arriba España!!

A. S.

Siete días de la guerra

MARTES, 16.—*En el sector Las Rozas-Plantío fué rechazado un ataque enemigo, haciéndosele bastantes bajas. En el frente de Guadalajara fueron derribados dos aviones rojos. Se confirmó el importante material cogido a los rojos en Alcazarejos.*

MIERCOLES, 17.—*En Somosierra, fuerzas de Falange Española, efectuaron un golpe de mano contra un puesto enemigo, matando a nueve de los diez rojos que le guarnecían y capturando al otro. En la quinta y octava Divisiones se rechazaron ataques enemigos, así como también en Guadalajara y frente del Jarama. Por el Sur, nuestras fuerzas avanzaron brillantemente más de diez kilómetros.*

JUEVES, 18.—*En el monte Naranco—frente de Asturias--nuestras tropas asaltaron una posición enemiga, recogiendo muertos y armamento. En la Ciudad Universitaria se rechazó un fortísimo ataque enemigo, haciéndole más de trescientos muertos. Fué derribado un avión ruso.*

VIERNES, 19.—*Fué rechazado un ataque rojo a la posición ocupada ayer en el Monte Naranco. En el resto de los frentes, sin novedad, habiéndose pasado a nuestras filas varios oficiales y milicianos.*

SABADO, 20.—*Fué rechazado un ataque a una de las posiciones del frente de Guadalajara, cogiéndose al enemigo dos carros rusos. En el frente de Córdoba fué ocupada una posición roja. Nuestra aviación abatió dos aparatos enemigos.*

DOMINGO, 21.—*En San Claudio, de la octava División, fué ocupado por nuestras fuerzas un importante puesto. Ataques enemigos al Sur de Padilla de Hita fueron rechazados, deshaciéndose concentraciones en el arroyo Badiel. En los demás frentes, sin novedad, persistiendo el temporal de lluvia y nieve, imposibilitando toda operación.*

LUNES, 22.—*Fué rechazado un ataque enemigo al frente de Aravaca y en el contraataque efectuado por nuestras fuerzas se ocupó un puesto enemigo. En las demás Divisiones, sin novedad digna de mención.*

La camaradería en los "Flechas,,

Un Imperio se forma y se cimenta sobre pilares hondos encargados de sostener su armazón. Un Estado necesita para su vigor y consolidación del trabajo y ayuda de aquellos que con ahinco y entusiasmo íntimos trabajan por su construcción.

Los «Flechas», que se forman y moldean para el mañana, contribuirán tanto más a la grandeza y poder de un Estado cuanto mayor y más intensa sea su formación actual.

Para ello es menester que comprendamos el gran cometido que se nos tiene señalado. Todos y cada uno tenemos deberes y obligaciones que cumplir. Lo mismo los que han de dedicarse a trabajos manuales que a intelectuales.

De todos necesita la nación para que pueda navegar fácilmente y sin escollos que entorpezcan su caminar. Nuestra camaradería tendrá aquí su punto de apoyo. Todos somos camaradas--por España y para España.

Unicamente la disciplina puede establecer una separación. Pero esta separación no servirá en ningún momento de orgullo hueco y baldío, sino que se derivará del orgullo del deber cumplido y de la misión que se nos tiene encomendada. En todos los puestos y en todas las esferas se hace Patria, basta el deseo y entusiasmo de servirla para laborar por ella.

Nuestra camaradería será de amor. Amor a los jefes. Amor a la Falange y como síntesis de todo ello, amor a España. Seremos camaradas en ideal, en fe, en entusiasmo, en el trabajo puntuales, en que se basará el Imperio y cumpliendo éstos cumpliremos en el futuro como dignos representantes de los que nos antecedieron.

Arriba España.

Raimundo Martín Salvador
«Flecha»

CECILIO TOLEDANO ESTEBAN

De la Segunda Centuria

¡PRESENTE!

Camarada elevado en gloria y grandeza al caer como tus camaradas de la Centuria heroica, sereno, frente a la muerte y con el corazón puesto en la España inmortal.

Imprenta.—San Agustín, 7

© Archivos Estatales, cultura.gob.es